



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Francia en la conciencia latinoamericana

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1989). Francia en la conciencia latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 5(17), 57-67.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 17, (septiembre-octubre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

FRANCIA EN LA CONCIENCIA LATINOAMERICANA

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

“**T**ODOS LOS HOMBRES SON iguales por naturaleza y por ley” dice la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano con la que Francia inicia su Revolución en 1789. Los pueblos que forman la que sería llamada América Latina encontrarán en esa declaración la justificación de sus demandas a la Metrópoli española para su reconocimiento como pueblos libres en situación semejante a las formas en que eran consideradas las diversas provincias de la Metrópoli. Es el reclamo de hombres que se saben iguales al resto de los hombres por naturaleza y por ley. Libertad, igualdad y fraternidad, las divisas de la Revolución Francesa, serán también divisas de los hombres que los reclaman para sí. Reclamos no como colonias, sino como pueblos que se saben parte, extensión, del mismo modo que los reinos que forman la Península Ibérica al otro lado del Atlántico. Pueblos y hombres que se consideran libres y por ello iguales entre sí, ligados a la Península en una relación solidaria de fraternidad. El arrogante rechazo a esta demanda hará que lo que empieza por ser una guerra civil se transforme en guerra de liberación frente a una entidad que será considerada extraña a esas demandas de fraternidad.

Otra Revolución, la norteamericana de 1776, que antecede a la francesa, inspira a los hispanoamericanos a hacer de la guerra civil una guerra anticolonial. “Sostenemos como verdades evidentes —dice la Declaración de Independencia de los Estados Unidos— que todos los hombres nacen iguales, que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida la libertad y la búsqueda de la felicidad”; se agrega algo más, el meollo que hace de esta revolución una revolución anticolonial. “que para garantizar estos derechos los hombres instituyen gobiernos

que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados". La Revolución Francesa de 1789 reclamará la libertad de todos los hombres a partir de la ineludible igualdad de los mismos. La norteamericana reclamará el derecho de autodeterminación de todos los pueblos, reconociendo la igualdad entre sí de los mismos.

Será la Francia imperial de Napoleón Bonaparte la que ponga a prueba el reclamo que los hispanoamericanos hacen a la Metrópoli ibérica considerada prolongación y parte de los pueblos y reinos que forman la Península. La invasión de la Península Ibérica, la prisión de los reyes españoles en 1808 y la huida de los reyes portugueses al Continente Americano provocan la reacción de los pueblos americanos, que se consideran españoles al otro lado de los mares desconociendo al gobierno impuesto por los invasores, y se solidarizan con sus monarcas presos. "¡Viva Fernando VII!" será el grito de batalla que establece la solidaridad con la Metrópoli que sufría la invasión. En Cádiz, último baluarte de la soberanía de España, los hispanos nacidos en América harán expresa su solidaridad explicando el porqué de su rebelión contra un poder extranjero a lo largo de todas las colonias españolas en el Continente. La arrogancia española convertirá este acto de solidaridad en traición a la Metrópoli, cualquiera fuese quien mandase en la misma. Los reinos españoles peninsulares podían levantarse en armas contra la Metrópoli bajo dominio extranjero, no así los pueblos bajo dominio colonial en América. De esta forma, tropas que pudieron destinarse a combatir al invasor francés fueron movilizadas contra los pueblos que en América habían alzado la bandera igualitaria. No existía tal igualdad y por haberlo presumido deberían ser castigados. No eran pueblos españoles en la Península. Así, lo que empezó siendo guerra de defensa de España por los americanos, se transformará en guerra anticolonial, guerra entre naciones, como ya lo declaró Simón Bolívar.

"Cuando las águilas francesas —escribe Bolívar en la Carta de Jamaica— sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad". Los hombres al otro lado del Atlántico nada tenían que ver con los arrogantes peninsulares iberos. Los pueblos de América habían sido tan sólo cultivados para la servidumbre impuesta por quienes se consideraban sus superiores. "Los americanos, en el sistema español que está en vigor —dice Bolívar—, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo y cuando más,

el de simples consumidores y aun en esta parte cortada con restricciones chocantes." Dentro de tal sistema, nada aprendieron los americanos del arte de gobierno; tan sólo se les preparó para su manipulación. Roto el centro de poder colonial, los americanos no tuvieron otra salida que la de crear, improvisando, lo que fuese necesario para afirmar su libertad como hombres y el derecho de autodeterminación como pueblos. La caída de la Metrópoli hacía patente la orfandad en que habían vivido los americanos. Y al no ser considerados españoles, ni poder serlo, sólo quedaba a estos hombres y pueblos ser de otra manera, y esta otra manera había que buscarla fuera de sí mismos, fuera de la servidumbre en que se habían formado. Este otro modo de ser por alcanzar lo ofrecía la Francia de la Revolución, la Francia de los Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot, la Francia de la razón de Renato Descartes.

El espíritu francés en forma subrepticia, solapada, era ya conocido por quienes en la América bajo coloniaje reclamaban el derecho a ser tratados como iguales, como pares entre pares, como individuos y como pueblos libres. La Francia que en España había hecho difundir Carlos III con el afán de incorporar la Península a la Europa del otro lado de los Pirineos. La Francia de los Enciclopedistas, la de *El Contrato Social* de Juan Jacobo Rousseau, que habló de un nuevo hombre, ajeno a las trampas del pasado que originaron la desigualdad, el "Buen Salvaje", que podía empezar libremente sin las cadenas de tan injusto pasado. La Francia de los filósofos que negaban la historia como pasado, haciendo de ella simple instrumento de un futuro que el hombre mismo había de lograr. El inicio de una historia cuyo único responsable tendría que ser el hombre. El hombre, bueno por naturaleza, que anulaba, a partir de su inocente bondad, las injusticias antes cometidas por regímenes surgidos de la violencia, para levantar gobiernos que fuesen resultado del pacto social de iguales entre iguales. El hombre capaz de hacer esto era el mismo hombre ya soñado por los creadores de utopías que habían puesto en América sueños antes no imaginados. Sueños que se hacían realidad en la vieja Europa con la Revolución Francesa, con su filosofía y su espíritu. Esta era la Francia que iba a sacar de la orfandad a la América obligada a romper con una España "avarienta" e "inhumana", como la calificaba Bolívar.

Es de esta forma que Francia, como cultura, como espíritu que da sentido a los quehaceres del hombre, entra en el ánimo y conciencia de los emancipados americanos cancelando el sentimiento

de orfandad que la ruptura con la Metrópoli había hecho patente. Libres, espontáneamente, los hombres y pueblos de la América que Martí llamó "nuestra América" se pondrán a la sombra de la cultura que sostenía la igualdad de los hombres y de los pueblos por ellos creados. La orfandad dolorosa se transforma en inocencia respecto de un pasado que no se consideraba propio, un pasado resultado de la violencia impuesta. Inocencia propia de hombres que se sabían libres de la culpa que les había impedido definirse como hombres entre hombres. Esta América se lanzará así a la búsqueda de una identidad que no sea ya la del esclavo, una identidad libre del pasado colonial. Los hombres que habían roto con la Iberia que no sabía ver en otros hombres a semejantes hablaron de una nueva emancipación, lo que los próceres de este nuevo esfuerzo libertario bautizaron como "emancipación mental".

Reclamando y reafirmando la igualdad que todo hombre tiene por naturaleza y por ley, los mismos americanos se habían enfrentado a la Francia de Jorge Luis Leclerc, conde de Buffon, que había visto inmadurez donde Rousseau había visto bondad. Inmadurez propia de toda la naturaleza de la región bautizada como América, inmadurez en la flora y en la fauna y dentro de ella el hombre. Contra esta interpretación, compartida por Buffon con el irlandés De Pauw, se habían enfrentado los americanos mostrando la indiscutible madurez de la flora y fauna de la región, y con ella la no menos peculiar humanidad de los individuos nacidos en ella. Estos mismos hombres, al defenderse y defender su mundo de las calumnias de Buffon y De Pauw transformarían sus instrumentos de investigación científica en armas para romper el coloniaje impuesto y reclamar el reconocimiento de su humanidad. Se enfrentaban así al mundo de los despotismos al que los revolucionarios de Francia de 1789 se habían enfrentado.

Lograda la Independencia, los constructores de las nacionalidades de la que sería la América Latina encontraban en el pensamiento social y político de Francia los instrumentos para crear la sociedad que al romper con el pasado colonial diese sentido al nuevo orden resultado de la libre voluntad de hombres y pueblos libres. Lamennais, Saint-Simon, Leroux, Quinet y Michelet, al lado de Cousin y Jeoffroy hasta llegar a Augusto Comte. Una filosofía que trascendía tanto el pasado colonial como el revolucionario, y que debería permitir un orden originado en las experiencias de la razón. Una sociedad positivista, producto del progreso de la humanidad, sin compromiso alguno con el pasado del que era sólo fruto el mismo

orden de su evolución. De la Francia de la Revolución se tomarán tales ideas, como de la Revolución de los Estados Unidos, se tomarán los modelos de su constitución y leyes, las propias del orden social, fruto de la ruptura con el pasado colonial.

Sin embargo, poco después de alcanzada la emancipación política latinoamericana, de la América del Norte, de los Estados Unidos, vendrían diversas agresiones sobre los pueblos que encontraban en ellos modelos en su afán por llenar su orfandad. Los Estados Unidos, que sostenían, como después los franceses, que todos los hombres eran iguales y que éstos tenían entre sus derechos el de decidir sobre sus propias formas de gobierno, completando así la idea de la Francia de que todos los hombres son iguales por naturaleza y por ley, son los mismos que en 1847 arrancarán más de la mitad de su territorio a México y en 1856 invadirán América Central bajo el mando del pirata William Walker. Francia, independientemente de la Declaración de Derechos de su Revolución, compartirá con otras naciones europeas el reparto del mundo, llenando, inclusive, el vacío de poder que España y Portugal estaban dejando en la tierra. La Francia imperial, enarbolando la bandera de la latinidad, invadirá México en 1862 con la imposición de dominio, en una acción que, a lo largo de la América que se siente agredida, causará protestas y repudio, pero con ellas la conciencia de una nueva orfandad. Sin embargo, será en la misma Francia donde un grupo de pensadores de la América agredida acuñarán el término que la distinguirá de la otra América agresora: el término de Latina como contrapartida de la América Sajona. El Chileno Francisco Bilbao y el Colombiano José María Torres Caicedo acuñarán el nuevo calificativo, que nada tendrá que ver con el creado por los ideólogos de Napoleón III.

La latinidad como expresión de rescate de la romanidad, ya que fue bajo Roma que encontraron su sitio hombres de diversas razas y culturas. Ya se había hablado de una nueva Romanía y después de latinidad, pero opuesta a la latinidad imperial y al imperialismo sajón de la otra América. Francia volvía a dar elementos para otra interpretación de lo latino que no podía, ni debía, ser la imperial. Era la Francia de Víctor Hugo, abierta a la cultura de otros pueblos y a las múltiples gamas de lo humano. La raza latina como expresión de la raza mestiza, y por mestiza universal. Lo universal como capacidad para asimilar las diversas expresiones de lo humano de modo contrario al egoísta y limitado espíritu sajón; pero también opuesto a una latinidad que justificase nuevas formas de

dependencia. El mexicano José Vasconcelos, que se había nutrido de las últimas expresiones de la filosofía francesa de su tiempo, habló de la latinidad, que habría de culminar en una Raza Cósmica, raza de razas, así como antes Simón Bolívar había soñado en una nación de naciones que, sin negar las diversas y concretas expresiones de los pueblos que las hacen posibles, culminase en "una nación que abarcase al mundo entero".

Pero volvamos a nuestro punto de partida, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que dio sentido a la Revolución Francesa de 1789: "Todos los hombres son iguales por naturaleza o por ley", que completaba lo sostenido por la estadounidense de 1776: "Sostenemos como verdades evidentes, que todos los hombres nacen iguales". Ambas manifestaciones de la modernidad en su expresión francesa y sajona, propias del racionalismo que hacía del hombre centro del universo. Su expresión más clara y precisa se encuentra en Renato Descartes, cuando dice que "el buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo". Y agrega que "la facultad de juzgar y distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que llamamos buen sentido o razón, es naturalmente igual en todos los hombres". Esto es, todos los hombres son iguales por la razón o el buen sentido. Dentro del racionalismo inglés se llegará a la misma conclusión, y se originarán las demandas que culminarán en el siglo XVIII en las dos grandes revoluciones de la historia, la de Francia frente a la opresión de unos hombres sobre otros y la estadounidense frente a la opresión de una nación sobre otra. Pero ¿cómo se podrán justificar entonces agresiones que una y otra nación imponen a otros hombres y naciones? ¿Cómo justificar el nuevo imperialismo, el neocolonialismo, que dominará pueblos ocupando el vacío de poder ibero? ¿No es por la razón que son iguales el "buen salvaje" de Rousseau y el mismo Rousseau? ¿No es igual Descartes al africano o asiático, pese a sus diversas etnias y costumbres? ¿No es igual Darwin a un hotentote? Y si no lo son, ¿por qué causa no lo son?

La respuesta la da el propio Descartes. Pese a la igualdad sostenida en función de la razón existe, sin embargo, una diversidad de opiniones, "las cuales no provienen de que unos sean más razonables que otros, sino tan sólo de que dirigimos nuestros pensamientos por derroteros diferentes y no consideramos las mismas cosas". Derroteros que son accidentales, como lo son la educación recibida, la situación social y otras formas de relación con otros hombres. Los hombres son, así, iguales entre sí por la razón o el buen

sentido, pero distintos por sus accidentes. Lo grave es que lo accidental va a determinar, paradójicamente, lo esencial. Descartes ha llegado a sostener la filosofía que sostiene gracias a los caminos que ha tomado personalmente a lo largo de su vida. De allí se deriva la afirmación de que no basta, en efecto, tener buen ingenio, "lo principal es aplicarlo bien". No basta poseer la razón, lo importante es saber aplicarla. Siguiendo estos argumentos habrá que preguntarse si el buen salvaje, el africano, el asiático o el hotentote poseen esa ineludible cualidad o capacidad para usar bien la razón. Los hábitos y costumbres de éstos impiden, obviamente, que se adquiera fácilmente la capacidad que para el buen uso de la razón posee Descartes a partir de su formación, hábitos y costumbres. Todos los hombres pueden razonar sobre las mismas cosas, pero su razonamiento estará fatalmente condicionado por accidentes como los biográficos.

Pero hay algo más, aunque esto ya no lo sostenga Descartes, derivado de sus propias reflexiones: la etnia, el modo natural de ser concreto de cada hombre, el tener un color de piel y no otro, una estructura craneana y no otra, será también determinante del buen o mal uso de la razón. Y será ese buen o mal uso de la razón el que determine, a su vez, la relación que han de guardar hombres y pueblos entre sí. El buen uso de la razón ha llevado a unos hombres al conocimiento de una religión o concepción de la vida universal que no están al alcance de otros hombres. Tampoco el progreso material ha sido alcanzado parejamente por todos los hombres y pueblos. Ya desde la Antigüedad, Aristóteles sostenía que era necesario y bueno que los que menos saben se subordinen a los que más saben. De allí la consigna de Platón de que los reyes fuesen filósofos o los filósofos reyes. Así, lo que para Descartes era accidental será el punto de partida de una nueva forma de discriminación y justificará nuevas formas de dominación. Todos los hombres son iguales por la razón pero distintos por sus hábitos, costumbres, etnia, sexo, etcétera. Será a partir de esta distinción que se establezca el orden social interno y externo.

La expansión europea iniciada el 12 de octubre de 1492, sobre la que quinientos años después reflexionamos, no puede ser festejada universalmente, ya que se justificó mediante esta distinción supuestamente accidental entre los hombres, con independencia de su igualdad racional. Por ello los naturales de la región descubierta, conquistada y colonizada pudieron ser vistos como *homúnculos*, esto es, hombrecillos, menos que hombres; posiblemente gen-

te de razón pero incapaz de usarla. De allí el obligado dominio para incorporarlos a la cristiandad y, posteriormente, a la civilización. Así, todo hombre nacido en la región será visto como un ente, si no de reducida inteligencia, como sostenía Aristóteles, sí de limitada capacidad para el uso de la inteligencia. De allí que esta gente debería someterse a quienes sabían, para aprender el buen uso de la razón. Se trata de un largo aprendizaje, que parecía no tener fin salvo por la violencia. Inteligencia reducida o limitada capacidad para su debido uso, máscaras ineludibles por diferencias étnicas, como el color de la piel, el tamaño del cráneo y hábitos y costumbres diversos. Limitaciones que culminarían en la discriminación propia del mundo natural, para acabar siendo vistos, dice Arnold Toynbee, como parte de la flora y fauna de la región por dominar, desbrozar o utilizar.

¿Pero esto es lo que se deduce de la Revolución de 1789? "Todos los hombres son iguales por naturaleza y por ley", pero ¿cuál es la naturaleza de estos hombres? ¿Qué expresión de la naturaleza ha de proteger la ley? El hombre no es una entelequia, no es una abstracción, sino expresión de los múltiples hombres que forman la humanidad. Hombres concretos, con una biografía, con unos hábitos y costumbres concretos, con una etnia, un rostro, una piel; tal es el hombre, tales son los hombres por naturaleza. Fueron hombres concretos como éstos los que levantaron la voz y tomaron las armas para defender esa su concreta identidad, ese su modo concreto de ser hombres. ¡Nada de sangre azul! ¡Todos los hombres tienen sangre roja! Y algo también común a todos los hombres. Entes, individuos concretos, y por concretos semejantes entre sí. Semejantes entre sí, precisamente, por ese su ser distintos, por no ser uno copia del otro. Entes de razón, como decía Descartes, pero una razón que no es tampoco una entelequia, sino razón encarnada en cuerpos y modos de ser concretos. Y en este sentido debe ser una razón capaz de comprender y hacerse comprender por los otros. Esa razón, el *logos* del que hablaban los griegos, como razón que comprende y como palabra capaz de hacerse comprender, la razón como diálogo.

Habrà entonces que ir más allá del racionalismo cartesiano, para expresar la real igualdad entre los hombres. Más allá de la razón como instrumento del conocimiento y la comprensión hacia ese hombre natural, concreto, hacia la naturaleza propia de lo humano por la cual unos hombres pueden afirmar su concreta humanidad como la única forma de igualdad entre ellos, la que se origina, preci-

samente, en lo que parecía accidental, más allá de la razón magistral, para poder afirmar que todos los hombres son iguales entre sí por ser distintos, por poseer una identidad, una individualidad, una personalidad, unos hábitos, costumbres, rostro, sexo, etcétera. La razón, ya no tanto como instrumento para manipular, sino como capacidad que pueda permitir al hombre reconocer en la identidad de los otros su propia y concreta identidad. Comprenderla y respetarla, para ser a su vez comprendido y respetado. Ya no la diosa razón, sino la razón concreta del hombre que pueda dar sentido a la multiplicidad o pluralidad de lo humano.

La última gran tragedia, la Segunda Guerra mundial, puso de manifiesto esta igualdad en la ineludible diversidad de los hombres. De allí la nueva Declaración de los Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1944. Allí se expresó: "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y de conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros". "Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición." La misma Declaración francesa de libertad, igualdad y fraternidad, pero en otro contexto, en una relación horizontal de solidaridad o fraternidad y no ya en la relación vertical de dependencia.

La presencia en América de la Francia bajo Napoleón III originó una repulsa semejante a la que implicó en esta América el coloniaje español. Repulsa que dio origen a una nueva orfandad que no suplió el sajonismo de la América del Norte. Sin embargo, de Francia llegó una vez más el aliento y justificación para afirmar una identidad que la dependencia colonial puso en entredicho. Y este aliento se hizo expreso en el calificativo que adoptó esta América, el de Latina. La América Latina como expresión de una identidad multirracial y multicultural, como raza de razas, cultura de culturas. Latinidad que no era ya aquella con la que se pretendía justificar el imperialismo de Napoleón el pequeño. La latinidad expresa en el romanticismo de Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Lamartine y otros muchos. La latinidad como lo opuesto a la sajonidad excluyente de razas y culturas. En Ernesto Renan encontrará José Enrique Rodó inspiración para hacer de Ariel la expresión del espíritu de la cultura latinoamericana frente a Calibán, el espíritu práctico,

supuestamente propio del espíritu sajón. El espíritu latino creador, y por ello capaz de asimilar las diversas expresiones de lo humano es el que lleva a Rodó al repudio de la "nordomanía", como el afán por ser otro del que se es, el querer ser como los Estados Unidos y Europa y no partir, como los pueblos de estas mismas regiones, de sí mismos.

Esto no implica renuncia al espíritu práctico, el saber hacer lo que se piensa simplemente se pone al servicio del espíritu expreso en Ariel. Calibán al servicio de Ariel, y no a la inversa. No se renuncia al conocimiento positivo de la realidad sino que se hace de él el punto de partida para la acción que permita crear y recrear. El positivismo espiritualista de Ravaisson, Lachelier y Boutroux, que culmina en Henri Bergson, ofrece ahora a la América Latina los instrumentos filosóficos para buscar dentro de sí misma su propia y peculiar identidad, formada por múltiples expresiones de lo humano. La evolución creadora de Bergson es convertida en libertad creadora por los latinoamericanos para enfrentar el excluyente positivismo anglosajón. A partir de aquí es visto el mestizaje de la región, tal y como lo viera José Vasconcelos, como expresión de una humanidad abierta a todas las razas y culturas. "Por mi Raza Hablará el Espíritu", será el lema que el propio Vasconcelos imprima en el escudo de la Universidad Nacional de México. Y a través de esta idea la incorporación del pasado, la historia de esta América, pero también la incorporación de la misma y repudiada España. Es a través de lo latino, dice Vasconcelos, como recuperamos esa otra ineludible parte de nuestra identidad que es España. Ya no más el sentimiento de orfandad, sino la afirmación de una fraternidad cada vez más amplia.

¿Se puede hablar de "francomanía", como se habló de "nordomanía"? Desde luego que no, porque no se trata ya de intentar ser como otro, sino de hacer de lo recibido de los otros instrumento para crear y recrear una identidad que, en esta forma, se universaliza, esto es, reconocer a los otros y hacerse reconocer por los otros. Se intenta poner fin a la relación vertical de dependencia con España, Francia o los Estados Unidos; se establece una relación horizontal de solidaridad y fraternidad con todos los pueblos. El mexicano Alfonso Reyes, de la generación que se nutrió en el arielismo e hizo suyo el calificativo de Latina para esta América, se expresó así, en 1936, ante un extraordinario grupo de creadores de la cultura universal: "Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante

el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”.